
DISCUSIÓN METODOLÓGICA

Historia de las ideas económicas

Nicolás Dvoskin*

* Doctor en Ciencias Sociales (UBA), Becario postdoctoral CEIL-CONICET, Docente de la Universidad Nacional de Moreno, Miembro de la Sociedad de Economía Crítica y del Instituto Argentino para el Desarrollo Económico.
Contacto: ndvoskin@ceil-conicet.gob.ar / ndvoskin@gmail.com

RECEPCIÓN DEL ARTÍCULO: junio 2017

ACEPTACIÓN: agosto 2017

Resumen El presente trabajo se propone como reflexión metodológica crítica respecto de la historia económica -en general- y de la historia del pensamiento económico -en particular-. Se hace una sucinta presentación de las típicas metodologías de la historia económica y se avanza en la definición de las limitaciones que tienen para abordar los problemas específicos de la historia de las ideas económicas -definida aquí como campo separado del de la historia del pensamiento económico: aquella más general, ésta referida específicamente al pensamiento de los economistas-. Se intenta recuperar la posibilidad de traer a la historia de las ideas económicas algunas discusiones generales sobre la historia de las ideas (Skinner, Koselleck, Palti), sobre la historia de las ideas políticas (Rosanvallon), sobre la historia del discurso social y sus componentes hegemónicos (Angenot, Minardi) y sobre la historia como narración (Megill, White, Tozzi). En síntesis, se propone una discusión metodológica sobre la historia de las ideas económicas, abriéndose críticamente distintas posibilidades, debatidas en otras ramas de la historia, usualmente ausentes en la historia económica.

Palabras clave: Historia de las ideas económicas – Historia económica – Metodología de investigación – Narrativismo – Discurso social.

Abstract History of economic ideas

This article aims to be a methodologic reflection, which is critical towards economic history -in general- and history of economic thought -in particular-. A brief presentation of the typical methodologies of economic thought is introduced, followed by the definition of the limitations that these methodologies have to take on the specific problems of the history of economic ideas -here defined as a field different from that of history of economic thought: the former being more general and the latter specifically referred to the thought of economists-. An attempt is performed to retrieve the possibility of introducing to the history of economic ideas certain general discussions about the history of ideas (Skinner, Koselleck, Palti), about the history of political ideas (Rosanvallon), about the history of political discourse and its hegemonic components (Angenot, Minardi) and about history as narration (Megill, White, Tozzi). In conclusion, the aim is a methodologic discussion about the history of economic ideas, with the critical introduction of different possibilities which are debated in other fields of history and usually absent in economic history.

Keywords: History of economic ideas - Economic history - Methodology of investigation - Narrative - Social discourse.

I. Presentación del trabajo

Este trabajo se propone como una reflexión metodológica y epistemológica acerca de los procedimientos habituales de la historia económica en general y de la historia de las ideas económicas en particular, con el objetivo de identificar las limitaciones que muestran las tradicionales historias del pensamiento económico o historias de la teoría económica presentes en la mayoría de las currículas de economía en el nivel mundial. Este análisis crítico acerca de la relación entre historia económica, historia de las ideas económicas e historia del pensamiento económico se propone, en términos constructivos, contribuir a una nueva historia de las ideas económicas, más alejada de la tradicional historia del pensamiento económico y más próxima a una también nueva historia económica. A tal fin, partimos de un postulado triple:

- 1) La historia económica rara vez se ha permitido debatir sus pretensiones de objetividad y explicación causal -propias de las tradiciones historiográficas positivistas y en cierto sentido extemporáneamente popperianas, ya sea en la versión de Leopold von Ranke y su “historia tal como de hecho ocurrió”¹ como en la de Robin Collingwood y la “historia como ciencia forense”²-, posicionamientos que sí fueron debatidos y cuestionados en otras subdisciplinas de la historia. Esto se debe a la tendencia a replicar, en la historia económica, los métodos tradicionales de la economía, disciplina que tampoco ha tendido -principalmente en su corriente dominante, pero no sólo en ella- a cuestionar su epistemología positivista.
- 2) La historia de las ideas económicas prácticamente no ha participado de los debates que plantearon una crítica a la historia intelectual de Arthur Lovejoy y su propuesta de ideas soberanas y perennes³, los cuales pusieron en jaque aquellas

¹ Citado en Tozzi, 2009, p. 21.

² Citado en Dray y van der Dussen, 1999, p. 3.

³ Referido en Palti, 2005.

pretensiones de erigir una historia de las ideas en las que éstas sean autónomas respecto de sus entornos de formulación y difusión.

- 3) Si la historia económica se propone a sí misma como la ciencia que estudia aquellos fenómenos económicos que efectivamente sucedieron y la historia de las ideas económicas no se plantea la posibilidad de que los pensamientos dependan de sus contextos, entonces la historia de las ideas económicas se piensa como autónoma de la historia de los hechos económicos, es decir, de la historia económica propiamente dicha. Esta historia de las ideas económicas independiente de la historia económica es la que encontramos habitualmente en las distintas currículas de historia del pensamiento económico, la cual, ante todo, sería una historia de las ideas de los economistas.

Dados estos postulados, lo que proponemos aquí es discutir la relación que se establece habitualmente entre historia económica e historia de las ideas económicas, proponer canales para vincularlas, y problematizar la posibilidad de importar, para la historia de las ideas económicas -y por qué no, para la historia económica-, algunas discusiones que sí se dieron en otras subdisciplinas de la historia, tales como los debates sobre texto y contexto en la historia intelectual, la propuesta de la historia conceptual, la historización del discurso social y sus componentes hegemónicos y las reflexiones del post-estructuralismo y del giro lingüístico en historia, con el narrativismo como su principal expresión. En síntesis, se propone una discusión metodológica sobre la historia de las ideas económicas, abriéndose críticamente distintas posibilidades, debatidas en otras ramas de la historia, usualmente ausentes en la historia económica.

II. Propuestas teóricas para una nueva historia de las ideas económicas

Si la historia económica y la historia de las ideas económicas han ignorado muchos debates teóricos que las historias no económicas se han permitido, en este apartado lo que hacemos es, muy sucintamente, presentar un conjunto de propuestas historiográficas y de discusiones metodológicas que, entendemos, pueden ser útiles a la hora de pensar proyectos de investigación en historia de las ideas, lo que incluye, por supuesto, las ideas económicas.

Nos permitimos aquí articular sistemáticamente dos tradiciones que han enfocado distintos aspectos de la historia de las ideas. Las mismas pueden pensarse

como contradictorias, mas aquí las entenderemos como complementarias. Nos referimos, por un lado, a la historia de los sentidos comunes, los criterios compartidos, los usos y significados cotidianos, los lenguajes y las narrativas y, por el otro, a la historia informada sobre base a discursos expertos contextualizados en sus usos cotidianos.

Para la primera tradición recuperamos la categoría de “hegemonía del discurso social” del semiólogo canadiense Marc Angenot y la de “historia intelectual” del historiador literario estadounidense Hayden White. Ambos autores, desde sus distintas disciplinas y desde perspectivas teóricas diferentes -Angenot representando una variante semiológica gramsciana, White erigiéndose como uno de los principales exponentes del giro lingüístico en historia-, se han preocupado por comprender el qué se dice -lo que no es muy distinto del qué se puede decir- de los distintos momentos históricos, los sentidos generales, los pensamientos comunes. Al respecto, Angenot propone lo siguiente:

“convengamos en llamar ‘discurso social’ todo aquello que se dice y se escribe en un estado de sociedad, todo aquello que se imprime, todo lo que se habla y se representa hoy en los medios electrónicos. Todo lo que se narra y se argumenta, si se plantea que narrar y argumentar son los dos grandes modos de puesta en discurso. O más bien, llamemos ‘discurso social’ no al todo empírico, cacofónico y redundante a la vez, sino a los sistemas cognitivos, las distribuciones discursivas, los repertorios tópicos que en una sociedad dada organizan lo narrable y lo argumentable, aseguran una división del trabajo discursivo, según jerarquías de distinción y de funciones ideológicas para llenar y mantener. Lo que yo propongo es, tomar en su totalidad la producción social del sentido y de la representación del mundo, producción que se presupone el ‘sistema completo de intereses de los que está cargada la sociedad’” (Angenot, 1998, pp. 17 – 18).

Por su parte, White define a la historia intelectual como “el intento de escribir la historia de la conciencia en general” (White, 1969, p. 606). Esta definición puede complementarse con una referencia que hace White de la entrada biográfica que Fernand Braudel escribió sobre la obra de Lucien Febvre (Braudel, 1968) -ambos exponentes de la escuela francesa de *Annales*- en la *International Encyclopedia of Social Sciences* editada por David Sills y Robert Merton, en el que el primero define que el segundo, en un texto de historia intelectual referido al siglo XVI (Febvre, 1962), lleva a cabo un trabajo acerca del

“aparato mental’ del período: las palabras, los sentimientos, los conceptos que son la infraestructura del pensamiento del siglo, la base sobre la cual todo fue construido o

pudo ser construido, y la cual puede haber prevenido que ciertas cosas fueran construidas” (White, 1969, p. 621).

A diferencia de Angenot, el no uso de conceptos como “hegemonía” le quita a White posibles referencias a relaciones de poder detrás de la imposición o generalización de ciertos discursos sociales. Sin embargo, su reconocimiento a Braudel en la utilización del concepto “aparato mental” en el marco de metáforas arquitectónicas (estructuras, superestructuras e infraestructuras) nos puede arriar fácilmente a Louis Althusser y a los aparatos ideológicos (Althusser, 1970): no se trata de una ideología asociada con un programa de clase, mucho menos con un pensamiento determinado por condiciones materiales, pero sí de una modulación de las mentalidades a través de la iteración de prácticas concretas, de los aparatos en funcionamiento.

Para la segunda tradición nos introducimos en el debate entre la Escuela de Cambridge -principalmente a partir de la obra del historiador inglés Quentin Skinner⁴, identificado como contextualista radical- y la *Begriffsgeschichte* -historia de los conceptos, cuyo principal exponente es el historiador alemán Reinhart Koselleck-. En este caso, detrás de la idea de lo contextual podemos pensar dos cosas distintas. Según Peter Kjellström, el debate sobre el texto y el contexto en la historia de las ideas trata del “estudio de la sustancia empírica del contexto en cuestión y [...] del interior psicológico del escritor del texto” (Kjellström, 1995, p. 23), el cual, de cualquier manera, no puede pensarse como independiente del contexto propiamente empírico. Autor y texto convocan entonces a dos contextos. En este sentido es que podemos seguir a Koselleck cuando sostiene que “todo lenguaje está históricamente condicionado, y toda historia está lingüísticamente condicionada” (Koselleck, 1989, p. 649).

Si desde Angenot y White giramos nuestra mirada hacia los saberes cotidianos, o en un extremo los sentidos comunes, y desde Skinner y Koselleck nos enfocamos en los discursos expertos, en los saberes profesionales, en los textos que resaltan en un determinado contexto, circundando ambos campos aparece la necesidad de recurrir a Michel Foucault, para así permitirnos pensar una historia de los regímenes de veridicción, en tanto lugares o instancias de verificación y falsificación de prácticas y discursos (Foucault, 2004, p. 50).

⁴ En términos puramente teóricos la propuesta metodológica de Skinner puede encontrarse en Skinner, 1969. En términos aplicados, lo podemos ver en su análisis (contextual) del *Leviatán* de Thomas Hobbes, en Skinner, 1966.

Esta constelación nos permite conjugar una interacción entre ideas, categoría general, asociada con el concepto de “discurso social” y teorías, particular, asociada a aquellas ideas inscriptas en discursos expertos organizados, estructurados e incluso –y esto es muy habitual en el caso de las ideas económicas- formalizados. Podríamos postular una posible imbricación mutua: los discursos expertos permean los imaginarios sociales, pero al mismo tiempo se inscriben en ellos y no son pensables fuera de los mismos⁵.

III. Historia, economía e historia económica

Si bien la historia económica se tomó su tiempo para presentarse ante el mundo como una disciplina en sí misma -o una subdisciplina de la historia con especificidades que la distinguen de otras- no podemos negar que esta existe desde hace mucho tiempo, desde mucho antes de sus pretensiones constitutivas como tal. En todo caso, podemos resaltar que su reconocimiento como campo de estudios no sólo requirió su demarcación como un tipo particular de historia, sino sobre todo una separación -en este caso, mucho más contundente- de la economía.

Cabe recordar las propuestas de la escuela histórica alemana de economía, que durante la segunda mitad del siglo XIX entró en franca pugna con las escuelas económicas anglosajonas -primero la economía política, después el marginalismo-, cuyos exponentes entendían que economía e historia económica eran lo mismo, que no había teoría sin empiria, es decir sin historia, que la ciencia económica no sólo debía estudiar sino que era constituida por la realidad económica, realidad necesariamente histórica. En el extremo, la escuela histórica se permitía proponer que “la teoría económica que era apropiada para una época no necesariamente era la adecuada para otra” (Moya López y Olvera Serrano, 2003, p. 21). Uno de los autores principales de esta escuela fue Wilhelm Roscher, quien sostenía que

“el método histórico era el indicado para definir a la economía política como la ciencia de las leyes del desarrollo, tanto de la economía como de la vida económica. La ventaja de dicho método consistía en retratar la vida económica tal y como existía en la realidad, describir las necesidades y la naturaleza económica del hombre” (Moya López y Olvera Serrano, 2003, p. 20).

⁵ Respecto de esta relación, ver Nun, 1987, pp. 45 - 48.

Esta tradición perdió la batalla frente a los anglosajones -si bien incidió parcialmente en la conformación de la escuela institucionalista norteamericana- y tanto la teoría económica que pasó a dominar la escena -el marginalismo en su variante neoclásica- como aquellas escuelas que durante el siglo XX le brindaron batalla -el keynesianismo en todas sus formas o el marginalismo en su versión austríaca- convalidaron la separación entre teoría económica e historia económica. Esto habilita el surgimiento de la historia económica como disciplina pero al mismo tiempo la limita, la obliga a mirar desde fuera los debates teóricos de la economía, pero al mismo tiempo a prestarse para la contrastación empírica de estas teorías en cuya confección no participa. Esta necesidad, en líneas generales, le impidió hacer frente a discusiones teóricas y metodológicas del mundo de la historia y ajenas al mundo de la economía.

Pasándolo en limpio, entendemos que la historia económica, desde su etimología, se ve atravesada por las trayectorias teóricas de dos disciplinas: la historia y la economía. Si bien la propia historia económica se define como una subdisciplina de la primera y no de la segunda, metodológicamente ha tendido -por supuesto, en lo general, siempre ha habido excepciones- a asemejarse a la segunda, y a diferenciarse de la primera. Esta tendencia tuvo su momento más álgido hacia las décadas de los cincuenta y sesenta, cuando floreció en Estados Unidos, de la mano de Robert Fogel y sus discípulos, la nueva historia económica, o cliometría, una econometría del pasado con cuestionables tendencias al uso de ejercicios contrafácticos, definida por sus defensores como una “proyección cuantitativa de las ciencias sociales hacia el pasado” (Diebolt, 2007, p. 256). Si bien esta tradición ya no está de moda, ha quedado en el tintero una tendencia que vale resaltar: la de la historia económica no entendida como tal, no preocupada por las dimensiones específicas del análisis histórico, sino meramente como economía del pasado. Sin ir más lejos, esta parecería ser la interpretación del propio Fogel, quien sostuvo que “la nueva historia económica representa la reunificación de la historia económica con la teoría económica y así pone el punto final a la centenaria división entre estas dos ramas de la economía” (Fogel, 1965, p. 94). Nosotros podríamos plantear que más que una reunificación se trataría de una subsunción, una subordinación, y por ende una renuncia a proponer una historia económica que pueda tener elementos que queden fuera del contorno determinado por el análisis económico liso y llano, más liso y más llano cuanto más consolidado en su hegemonía se encuentre el paradigma neoclásico.

Estas prácticas de la historia económica restringen asimismo los alcances de la historia de las ideas económicas. Si la historia económica es economía del pasado, es descripción y explicación de hechos económicos, pero no es teoría económica, entonces la historia de la teoría económica no puede ser historia económica. Así, la historia de la teoría económica -o historia del pensamiento económico, tal como se la enseña en la mayoría de las universidades- no es otra cosa que una recopilación -y algún tipo de sistematización y ordenamiento- de las ideas expresadas por selectos economistas, cuya temporalidad -o historicidad, para ser más precisos- sería relativamente independiente de la de la historia económica. Por dar un ejemplo -y exagerando, claro está-, las ideas de Adam Smith serían independientes del contexto de la Escocia del siglo XVIII, las de Ricardo no tendrían ninguna vinculación con el debate sobre la ley de granos en la Inglaterra de principios del siglo XIX, las de Marx no se vincularían con los conflictos políticos y la constitución de organizaciones obreras a fines del mismo siglo y la de Keynes no tendría nada que ver con la crisis de la década de 1930.

Sin embargo, el principal problema que encontramos en la historia del pensamiento económico no es este, no es su pretendida autonomía de la historia económica -de los contextos empíricos-, sino, sobre todo, de los contextos intelectuales. La historia del pensamiento económico convencional no se permite pensar una historia de las ideas económicas en general, de los lenguajes cotidianos, de los regímenes de veridicción o de los discursos sociales hegemónicos. En este sentido es que entendemos que la historia del pensamiento económico convencional, como ya hemos propuesto en la introducción del trabajo, antes que una historia de las ideas económicas es una historia de las ideas de los economistas. Un clarísimo ejemplo de este tipo de historia es el breve pero muy difundido artículo del economista estadounidense Paul Samuelson acerca de la historia de las ideas económicas, en la que prima, por ejemplo, la discusión acerca de quiénes han sido los más importantes economistas de toda la historia (Samuelson, 1962).

En términos de Skinner, se trataría de una historia en la que “la autonomía del texto en sí mismo es la única clave necesaria para su propio significado” (Skinner, 1969, p. 3). Es decir, las ideas económicas estarían descontextualizadas y separadas de las propias vidas económicas y sociales. Los economistas discutirían entre sí en un cielo sin tiempo ni lugar, lo que haría, precisamente, que sus teorías no estén circunscritas a determinado espacio o momento, y puedan asumir características universales. En relación con Skinner, se trataría de respuestas eternas a preguntas y

problemas perennes (Skinner, 1969, p. 3). Quizás quien personifica estas características, en el plano de la historia intelectual en general, es el ya mencionado Arthur Lovejoy, uno de los padres de la historia intelectual estadounidense, quien llegaba al punto de sostener que las ideas mismas tenían “la capacidad de migrar, trasladándose de una época a otra, de una cultura a otra, [...] cobrando así sentidos diversos” (Palti, 2005, p. 65).

En las palabras de Serge Latouche, se trataría de una historia de las ideas económicas que pretendería “descubrir las leyes eternas, aespaciales y transhistóricas de la gravitación universal de las mercancías en el seno del universo social” (Latouche, 1997, p. 32). Si las leyes que regulan el funcionamiento de la economía son siempre las mismas, y cuando un economista las “descubre” pasan a valer para toda la eternidad -hacia adelante y hacia atrás-, claramente el contexto de formulación de esas leyes no tiene ningún tipo de importancia. En términos de Angenot esta historia de las ideas de los economistas se inscribiría en una tradicional historia de las ideas “concebida como un diálogo en la cumbre de algunos grandes sabios, pensadores y escritores, seleccionados a posteriori por su fama, según criterios de exclusión y de olvido de los más extraños” (Angenot, 1998, p. 24).

Este artículo se propone problematizar la posibilidad de construir una historia de las ideas económicas en otra dimensión, en la cual podamos encontrar qué principios, premisas, ideas y teorías eran las más influyentes en los saberes económicos del período que decidamos estudiar. Esta misión, necesariamente, requiere un trabajo mucho más arduo, ya que, precisamente, los sentidos comunes⁶ o los saberes cotidianos no suelen aparecer de manera explícita en las fuentes a las que solemos tener acceso sino que, por lo contrario y por su propia definición, requieren un esfuerzo de construcción mayor, un esfuerzo de identificación que a menudo sólo puede realizarse en una investigación transhistórica o transgeográfica, es decir, que al comparar distintos períodos o distintos lugares tenga la posibilidad de detectar lo no escrito, de leer las ausencias, de escuchar lo no dicho. Si, siguiendo a Dominick LaCapra, sostenemos que “para el historiador, la sola reconstrucción de un contexto

⁶ Se puede definir al “sentido común” en los términos de Antonio Gramsci, como “filosofía de los no filósofos” o “concepción más difundida de la vida y de la moral” el cual “no es algo rígido e inmóvil sino que se transforma continuamente, enriqueciéndose con nociones científicas y con opiniones filosóficas que entran en las costumbres” (Gramsci, 1975, p. 2271). La noción gramsciana del sentido común es la que se expone en el ya citado Nun, 1987.

o realidad tiene lugar sobre base a recordatorios ‘textualizados’ del pasado” (LaCapra, 1980, p. 247), el ejercicio de inscripción de una idea en su contexto social será un ejercicio de doble textualidad: las ideas se inscriben en otras ideas, los contextos en otros contextos.

Si entendemos, con Angenot, que “en toda sociedad, la masa de los discursos -divergentes y antagonistas- engendra un decible global más allá del cual no es posible -salvo por anacronismo- percibir [...] el aún-no-dicho” (Angenot, 1998, p. 23), reconocemos los puntos en común alrededor de los cuales giran los debates en cada momento, los que, casi sin excepción, habrán de ser implícitos. De acuerdo con Adriana Minardi, “los lugares comunes constituyen la *doxa* como lo evidenciable y lo implícito público” (Minardi, 2014, p. 55). Es Foucault, sin embargo, quien quizás con mayor claridad contribuye a pensar el rol de los implícitos en la formación de los discursos históricos. En *La arqueología del saber* sostiene que

“todo discurso manifiesto reposaría secretamente sobre un ‘ya dicho’, y ese ‘ya dicho’ no sería simplemente una frase ya pronunciada, un texto ya escrito, sino un ‘jamás dicho’, un discurso sin cuerpo, una voz tan silenciosa como un soplo, una escritura que no es más que el hueco de sus propios trazos. Se supone así que todo lo que al discurso le ocurre formular se encuentra ya articulado en ese semi-silencio que le es previo, que continúa recorriendo obstinadamente por bajo de él, pero al que recubre y hace callar. El discurso manifiesto no sería a fin de cuentas más que la presencia represiva de lo que no dice, y ese ‘no dicho’ sería un vaciado que mina desde el interior todo lo que se dice” (Foucault, 2002, p. 40).

Volviendo a Angenot, esto común e implícito se expresa en términos de una hegemonía (del discurso social), la cual es entendida como

“la resultante sinérgica de un conjunto de mecanismos unificadores y reguladores que aseguran a la vez la división del trabajo discursivo y la homogeneización de las retóricas, de las tópicas y las *doxai*. Estos mecanismos otorgan a lo que se dice y se escribe dosis de aceptabilidad, estratifican grados de legitimidad” (Angenot, 1989, p. 30).

De cualquier manera, cabe volver a una idea planteada en la introducción: que una historia de las ideas y los lenguajes, que como proponemos está ausente en la historia económica, sí está presente en otras ramas de la historia, como por ejemplo la historia política. Quizás el trabajo más reconocido que plantea una preocupación al respecto, más allá de los ya mencionados aportes de Quentin Skinner al problema de la teoría del contrato social en la teoría política clásica, es el breve artículo titulado

“Para una historia conceptual de lo político”, de Pierre Rosanvallon, publicado originalmente en 1986⁷. La historia conceptual -en su caso, de lo político- es para este autor

“1) hacer la historia de la manera como una época, un país o unos grupos sociales procuran construir respuestas a lo que perciben más o menos confusamente como un problema, y 2) hacer la historia del trabajo efectuado por la interacción permanente entre la realidad y su representación, definiendo campos histórico-problemáticos” (Rosanvallon, 2002, p. 129).

La propuesta de Rosanvallon puede abrir caminos hacia historias de las ideas de diferentes signos, colores y perspectivas. De ellas, la que interesa aquí es aquella que nos permite precisamente preguntarnos por un pasado en su propia clave, utilizando a los conceptos y su historicidad como los medios de articulación entre el pasado y el presente. Por supuesto, esto no implica olvidar la necesidad de contextualizar los debates y las ideas en realidades materiales -no necesariamente objetivas- sino que, precisamente, de lo que se trata es de analizar la siempre sinuosa relación entre las ideas y su contexto, entendiendo que ellas nunca pueden ser independientes del mismo y que, al mismo tiempo, este último se construye y reconstruye sobre base a las ideas que en él se configuran.

Lo interesante es que esta concepción de la historia de las ideas económicas es entendida aquí como indisociable de una premisa profundamente historiográfica, que refiere a reconocer el rol de lo subjetivo, de lo ideológico y de lo narrativo en el propio trabajo del historiador, y de allí la deuda teórica de este trabajo con aquellas escuelas de pensamiento historiográfico que han enfatizado en estas categorías a la hora de estudiar fenómenos de la historia, las cuales son introducidas en el próximo acápite.

IV. Ideas económicas, narrativismo y discurso social

A partir de la década de los setenta los debates historiográficos se vieron alterados por un giro radical, que se debió en gran medida a la eclosión de las grandes teorías -sobre todo, de aquellas de raíz estructuralista- y a la emergencia de nuevas

⁷ La historia del pensamiento económico que introdujimos hace algunos párrafos podría clasificarse, según los criterios de este texto de Rosanvallon, como “historia de las doctrinas” (Rosanvallon, 2002, p. 127).

premisas filosóficas aplicadas al estudio de las ciencias sociales⁸. Entre ellas, cabe resaltar la recuperación en clave nueva de la vieja hermenéutica, que llevó a que surja, en historiografía, la tradición narrativista, cuyo principal exponente es el ya mencionado historiador estadounidense Hayden White, profesor de historia literaria. Podría postularse que el narrativismo es la principal expresión en la disciplina histórica del giro lingüístico en la filosofía y las ciencias sociales en general⁹.

Con una clara referencia a las críticas emanadas desde Michel Foucault a la ciencia histórica convencional¹⁰, la propuesta de White se propone como un reconocimiento de la inevitable subjetividad de todo relato histórico. Así, por ejemplo, se permite romper la dicotomía entre momento explicativo y momento interpretativo o especulativo, que había sido construida desde el viejo positivismo de Leopold von Ranke y sus discípulos –así como al conjunto de autores que Frank Ankersmit inscribe dentro de una “filosofía epistemológica de la historia” (Ankersmit, 1986, p. 1)-. White califica a esta dicotomía como una “proclama engañosa [...] por la rigurosidad historiográfica” (White, 1973b, p. 283). En términos de su colega Allan Megill, otro de los referentes del giro lingüístico en la historia, la historia ortodoxa -y dominante en las academias- de Ranke en adelante puede ser entendida como aquella que

“adhiera a una visión del pasado por descubrir, sosteniendo que el pasado está allí, un campo de entidades reales y fuerzas que esperan que el historiador las encuentre [...] rechaza la visión del pasado por construir, la cual sostiene que, lejos de descubrir y reportar el pasado, los historiadores deben ser vistos como construyendolo o creándolo” (Megill, 1979, p. 457).

Al mismo tiempo, esta historia sería “finalmente una ciencia, capaz de conocer realmente el mundo y de descubrir una verdad que es más que relativa” (Megill, 1979, p. 458). En otro texto la define como “mito objetivista” (Megill, 1993, p. 71). En los términos de White, esta concepción radicaría en el “ojo inocente del histo-

⁸ Quizá la disciplina social que menos se vio afectada por este fenómeno fue, precisamente, la economía, cuya eclosión en los setenta -en su corriente dominante, producto de la debacle definitiva de la síntesis neoclásico-keynesiana y el surgimiento de la macroeconomía con microfundamentos a partir de la teoría de las expectativas racionales- se contuvo dentro de los márgenes epistemológicos tradicionales.

⁹ Sobre el giro lingüístico en general, se recomienda Rorty, 1992. Sobre sus implicancias en la historia como disciplina, se recomienda LaCapra, 1983.

¹⁰ La deuda teórica se manifiesta, principalmente, en White, 1973a.

riador y la noción de que los elementos de la narrativa histórica, los hechos, fueron apodícticamente provistos, y no constituidos por la acción propia del historiador” (White, 1973b, 284).

Contra poniéndose, White se permite poner en pie de igualdad las historias especulativas o meta-históricas y las pretendidas historias objetivas, entendiéndolo que, a partir de que el trabajo del historiador convierte un continuo temporal en un relato en prosa, siempre habrá, en toda narración histórica, un lugar para la subjetividad del historiador (White, 1973b, p. 283).

Lo que Hayden White retoma de Foucault es la crítica a la ciencia social moderna como ordenadora del mundo, presente en los trabajos que Foucault publicó en los años sesenta, como *Las palabras y las cosas* y el ya citado *La arqueología del saber*. Allí, señala White, la historia se encuentra en el extremo de las pretensiones del mundo moderno de establecer un orden de las cosas, el cual pretende ser encontrado y termina siendo directamente construido (como relato, desde ya). Según White, siguiendo a Foucault, al identificar a su objeto con los sucesos irrepetibles, ajenos a la formulación de leyes hasta que aparezca el auxilio de otras disciplinas que sí lo hacen, “la historia sirve como base y como anti-tipo de las otras ciencias sociales” (White, 2005, p. 45), gozando de “un status fundacional en su comparación con las otras ciencias” (White, 2005, p. 45) y, por ende, sustrato necesario en el proyecto de ordenamiento del conocimiento propio de la modernidad. La historia no ordena al mundo, pero cuenta cómo es que éste fue ordenado.

Puntualmente, una de las disciplinas para las cuales Foucault analiza el desarrollo de las pretensiones de ordenar el mundo es la economía, donde la modernidad da cuenta del momento en el que la ciencia toma una pretensión universalista y, a partir de la categoría de trabajo, se dispone a escribir la estructura de las relaciones sociales¹¹.

Así como afirmamos que el giro lingüístico tuvo gran repercusión en distintas áreas de la filosofía y las ciencias sociales, teniendo en Paul Ricoeur a uno de sus principales exponentes¹², y así como reconocemos la importancia del surgimiento del narrativismo como corriente historiográfica, es necesario resaltar que los debates presentes en teoría económica siempre se mantuvieron alejados de estas co-

¹¹ Esto se encuentra sobre todo en Foucault, 1988, Cap. 6.

¹² Ver, entre otros, Ricoeur, 1985.

rrientes, en tanto, salvo escasísimas excepciones, ortodoxos y heterodoxos se han batido a duelo -y lo siguen haciendo- manteniendo la premisa que citáramos de Ranke, según la cual en ciencias sociales siempre ha de separarse la explicación de la interpretación, para así asegurar la objetividad de los enunciados.

Es decir, si Foucault en los sesenta muestra las pretensiones de la ciencia económica y su impacto en la construcción del mundo de la modernidad occidental, e incluso en los setenta da cuenta de cómo la economía política como disciplina ha permitido encauzar estrategias globales de poder -o biopoder-¹³, ni ortodoxias ni heterodoxias del mundo de los economistas se han detenido, mayoritariamente, a pensar estos problemas, y han permanecido, prácticamente siempre, en el total convencimiento de que el conocimiento económico es científico, y por ende objetivo, neutral y universalizable (y, en términos de Latouche, transhistórico, o de Skinner, perenne). Por extensión, es posible afirmar que la propia historia económica, en general, ha seguido el mismo camino que la teoría económica, ignorando estos cuestionamientos y manteniendo la premisa de una historia objetiva. Más cuestionada, es cierto, la historia económica ha consistido, principalmente, en una extensión hacia el pasado de las bases de datos necesarias para que los economistas realicen proyecciones estadísticas con pretendida rigurosidad. Como ya hemos sostenido previamente, más que una historia económica, se trata de una economía del pasado.

Hayden White define el cómo de una investigación histórica en sentido narrativista de la siguiente manera:

“los historiadores explican los eventos que constituyen sus narrativas mediante medios específicamente narrativos de codificación, es decir, encontrando la historia que subyace entre o detrás de los eventos y contándola de un modo que cualquier persona educada pueda entender” (White, 1973b, p. 286).

A la vez, retomando a Ricoeur, “el objetivo de la investigación histórica debe ser concebido como una búsqueda de aquellas historias realmente vividas por agentes y actores humanos en el pasado” (White, 2005, p. 49). Así, si bien existen muchas formas de captar sucesos del pasado, comprenderlos sólo se vuelve posible en la medida en que los mismos exhiben atributos de elementos o partes de historias (*stories*), insertos en tramas (*plots*) (White, 2005, p. 49). Cabe entonces mencionar la deuda teórica que el propio White reconoce con el antropólogo belga Claude Lévi-

¹³ Ver Foucault, 2004.

Strauss, para quien “los hechos históricos no son de ninguna manera dados al historiador sino constituidos por el propio historiador” (White, 1973b, p. 288), de modo que no existe diferencia cualitativa entre historia y literatura, o entre historiografía y mitología. A tal fin, es bienvenida otra afirmación de Hayden White:

“si el fin de la investigación histórica es la reconstrucción del pasado tal como realmente fue o ha sido, debe tenderse un puente que cubra la brecha entre un pasado cualquiera y el presente desde el cual ha de emprenderse la investigación histórica” (White, 2005, p. 44).

Es decir, frente a un historicismo clásico que piensa el pasado desde el presente¹⁴, y frente a una historiografía tradicional que pretende ver al pasado desde la objetividad intemporal, el narrativismo obliga a reconocer el rol del presente en la visión del pasado, y por ende a hacer un esfuerzo adicional por entender ese pasado desde su propio mundo hermenéutico. En términos metodológicos, incluso mayor clarificación nos ofrecen Cecilia Macón y Verónica Tozzi, no en términos de la labor del historiador mas sí de la construcción del conocimiento en la disciplina. Ellas señalan que

“White nos insta a aceptar que la elección entre interpretaciones conflictivas de los mismos sucesos históricos [...] no puede dirimirse a través de esa misma información histórica, pues cuál relato resulte más significativo no es una cuestión fáctica informacional sino estética e ideológica” (Macón y Tozzi, 2005, p. 16).

Es decir, en la propia pretensión del historiador narrativista se encuentra la idea de que la contribución al análisis del pasado no se dará en términos de una acumulación de conocimiento -donde, por ende, las hipótesis rivales se enfrentarán en contrastaciones cruciales- sino que su aporte es esencialmente estético (ergo, literario). De este modo, la historia narrativa necesariamente tiene que reconocer la incapacidad de demostrar la falsedad de las hipótesis rivales, y la búsqueda por prevalecer habrá de darse en términos de la comprensión del sentido de la trama construida. Como ha de suponerse, esta tradición -como toda propuesta metodológica post-estructuralista- se enfrentó reiteradamente con la crítica de la relativización de las verdades fácticas, de la existencia real de los hechos y los acontecimientos. Al res-

¹⁴ No pretendemos aquí extendernos demasiado con lo que se entiende por historicismo clásico. Con el término nos referimos a las grandes escuelas históricas de los siglos XVIII y XIX europeos, que pretendieron pensar, con sus diferencias, la historia en mayúsculas, con un sentido predefinido y un futuro pensado. Algunos de los historicismos clásicos más conocidos son los que emergen de las obras de Kant, Hegel o Marx. Para una síntesis con mayor precisión al respecto, se recomienda Daniel Brauer (2009).

pecto, resulta interesante la respuesta que plantea Adriana Minardi, quien sostiene que

“la línea del narrativismo histórico no niega el conjunto de acontecimientos que mediante la investigación histórica constituyen la base del relato posterior sino la pretensión objetiva del mismo relato. En este sentido, no se trata de ir contra el realismo del acontecimiento sino contra el pretendido realismo del discurso de la historiografía” (Minardi, 2014, p. 57).

Más aun,

“los hechos no vienen dados de antemano sino que son construidos y representados a la vez que actualizados y, por esta razón, están dotados de un significado; este rasgo supone que se le imponen al pasado una forma y un contenido específicos que toman su estructuración de la tropología literaria” (Minardi, 2014, p. 60).

En palabras del propio White,

“una cosa es creer que una entidad alguna vez existió, y otra completamente distinta constituirlo como un posible objeto de un tipo específico de conocimiento. Esta actividad constitutiva es, creo, una cuestión de imaginación tanto como de conocimiento” (White, 2003, p. 52).

V. Hacia una historia de las narrativas económicas

¿De qué manera es posible encaminar un proyecto de investigación en historia económica, y sobre todo en historia de las ideas económicas, desde una perspectiva narrativista, post-estructuralista, o que, por lo menos, reconozca en alguna medida la importancia de la trama construida por el historiador y el rol que ocupa el contexto en la identificación de ideas y teorías al tiempo que rechace las premisas objetivistas de la historia tradicional? Pues bien, habría que comenzar siguiendo el mensaje de Foucault respecto de la necesidad de reconstruir el pasado a través de una arqueología del mismo, pero dejando de lado, por lo menos a priori, la pretensión de explicarlo a través de relaciones causales, por lo menos si éstas se presentan como transhistóricas.

La economía como disciplina ha estado abocada, desde su inicio, a encontrar relaciones causales entre variables, e incluso muchos de los más grandes debates se han suscitado alrededor de estos problemas. En este sentido, la descripción es desdénada y rebajada a un paso meramente previo al verdadero momento científico, o

en el mejor de los casos una buena descripción -en economía nos estaríamos refiriendo principalmente a buenas fuentes de información, casi siempre buenas bases de datos- sería una condición necesaria previa. Así, la economía en general -y con mayor énfasis la economía neoclásica, pero no sólo ella-, ha adherido siempre a la sentencia de los positivistas lógicos Hempel y Oppenheim, quienes afirmaran que “explicar los fenómenos en el mundo de nuestra experiencia, contestar la pregunta por qué en vez de sólo la pregunta qué es uno de los principales objetivos de la ciencia empírica” (Hempel y Oppenheim, 1988, p. 28). Es decir, más allá de la notable importancia de la explicación, es un problema central de la teoría económica el diseñar la descripción, lo que abre la puerta a intentar aplicar modelos abstractos a situaciones concretas, las cuales muchas veces no concuerdan.

La historia económica, por lo tanto, ha caído en el mismo prejuicio por la descripción, aunque seguramente con un menor grado, ya que la historia siempre referirá a hechos irrepetibles que necesitan ser descritos antes de ser explicados. El desdén, entonces, se da en la significatividad relativa de cada momento de la investigación, más allá de que la descripción efectivamente se lleve a cabo. Volviendo a Minardi, podemos postular que la historia económica ha participado, prácticamente siempre y en casi todas sus distintas escuelas, de la “visión tradicional de la historia que, basada en un espejamiento del pasado, hacía del historiador un nexo transparente entre el escrito y la realidad pasada como evento indiscutible” (Minardi, 2014, p. 60).

Una historia económica con énfasis en la interpretación, entonces, es una historia económica que indague, ahora siguiendo a Ricoeur, en el modo en que los actores sociales de cada momento del tiempo vivieron los procesos económicos de su época, tanto en el plano de lo consciente como en el de lo no cognoscible por ellos mismos. Al mismo tiempo, preguntarnos cómo lo vivieron implica interrogarnos también cómo lo pensaron, qué pensaron y por qué lo pensaron. En este sentido, una alternativa como la que aquí proponemos sentaría las bases para por lo menos avanzar en la unificación de la historia económica con la historia de las ideas económicas: toda historia económica sería también una historia de ideas -porque estas son parte de la historia- y al mismo tiempo toda historia de las ideas económicas sería historia económica, porque los contextos concretos necesariamente son parte de las ideas.

Sólo por dar un ejemplo, se podría pensar en una historia interpretativa acerca de la idea de mercado, que hoy por hoy es entendida en términos de espacio de in-

tercambio voluntario de mercancías, pero que en el pasado operó como centro del poder político de muchas sociedades¹⁵. O, quizás, se podría plantear la pregunta acerca de la idea de crédito y usura: mucho se ha escrito acerca de la condena medieval a la usura por motivos religiosos, pero no se ha discutido con la misma convicción acerca de la transformación del concepto de crédito y la formación de sistemas de seguridad jurídica donde los créditos son protegidos por los Estados¹⁶.

De la interpretación habremos de dar paso a la narración, y entonces a pensar en el modo de construir una historia económica en la que se dé cuenta de una trama para contar una historia. Para ello, muchas veces, narrar las historias y componerlas en tramas puede ser una alternativa válida a la hora de pretender comprender las conexiones de sentido de momentos pretéritos. Revalorizar el lugar de la descripción, y sobre todo el de las propias percepciones de los sujetos que vivieron el momento que estudiamos, incluyendo los siempre esquivos implícitos, es sólo el primer paso hacia una nueva historia económica y hacia una nueva historia de las ideas económicas.

Bibliografía

- Aglietta, Michel y Orléan, André (1990) "La violencia de la moneda", México D.F., Siglo XXI.
- Althusser, Louis (1970) *Ideología y aparatos ideológicos*. Buenos Aires, Nueva Visión.
- Angenot, Marc, 1889 (1989) *Un état du discours social*, Montréal, Éditions du Préambule.
- Angenot, Marc (1998) "La crítica del discurso social: a propósito de una orientación en investigación" en M. Angenot, *Interdiscursividades. De hegemonías y disidencias*, Córdoba, Universidad Nacional de Córdoba.
- Ankersmit, Frank (1986) "The dilemma of contemporary anglo-saxon philosophy of history", *History and Theory*, Vol. 25, No. 4, pp. 1 - 27.
- Braudel, Ferdinand, "Febvre, Lucien" (1968) en D. Sills y R. Merton, *International Encyclopedia of Social Sciences* Nueva York, Macmillan.
- Brauer, Daniel (2009) *La historia desde la teoría*, Buenos Aires, Prometeo.

¹⁵ La base de esta hipótesis surge de las críticas a la universalización de la noción de mercado autorregulado formuladas en Polanyi, 1997.

¹⁶ Una posible línea de investigación para cubrir este tema surge de la historización de la dimensión política de lo monetario propuesta en Aglietta y Orléan, 1990.

- Diebolt, Claude (2007) "Cliometrics or the quantitative projection of social sciences in the past", *Historical Social Research*, Vol. 32, No. 1, pp. 255 - 259.
- Dray, William y van der Dussen, William Johannis (1999) "Editor's introduction" en R. G. Collingwood, *The principles of history and other writings in philosophy of history*, Nueva York, Oxford University Press.
- Febvre, Lucien (1962) *Le problème de l'incroyance au XVIe siècle: La religion de Rabelais*, París, Michel.
- Fogel, Robert (1965) "The reunification of economic history with economic theory", *The American Economic Review*, Vol. 55, Nos. 1/2, pp. 92 - 98.
- Foucault, Michel (2002) *La arqueología del saber*, Buenos Aires, Siglo XXI.
- Foucault, Michel (1988) *Las palabras y las cosas. Una arqueología de las ciencias humanas*, Buenos Aires, Siglo XXI.
- Foucault, Michel (2004) *Nacimiento de la biopolítica*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- Gramsci, Antonio (1975) *Quaderni del carcere*, Turín, Valentino Garretana.
- Hempel, Carl y Oppenheim, Paul (1988) "Studies in the logic of explanation" en J. Pitt, *Theories of explanation*, Oxford, Oxford University Press.
- Kjellström, Peter (1995) "The narrator and the archaeologist. Modes of meaning and discourse in Quentin Skinner and Michel Foucault", *Statsvetenskaplig Tidskrift*, Vol. 98, No. 1, pp. 21 - 41.
- Koselleck, Reinhart (1989) "Linguistic change and the history of events", *The Journal of Modern History*, Vol. 61, No. 4, pp. 649 - 666.
- LaCapra, Dominick (1980) "Rethinking intellectual history and reading texts", *History and Theory*, Vol. 19, No. 3, pp. 245 - 276.
- LaCapra, Dominick (1983) *Rethinking intellectual history: texts, contexts, language*, Ithaca, Cornell University Press.
- Latouche, Serge (1997) "Historia y economía: de un matrimonio fallido a un divorcio imposible", *Ciclos en la Historia, la Economía y la Sociedad*, No. 13, pp. 31 - 46.
- Macón, Cecilia y Tozzi, Verónica (2005) "El acontecimiento extremo: experiencia traumática y disrupción de la representación histórica" en M. Cruz y D. Brauer, *La comprensión del pasado*, Barcelona, Herder.

- Megill, Allan (1979) "Foucault, structuralism and the ends of history", *The Journal of Modern History*, Vol. 51, No. 3, pp. 451 - 503.
- Megill, Allan (1993) "Relatando el pasado: descripción, explicación y narrativa en la historiografía", *Historia Social*, No. 16, pp. 71 - 96.
- Minardi, Adriana (2014) "Retórica de la Historia: filosofía, razón imaginativa, valor y verdad. Argumentos para la defensa de una hermenéutica aplicativa", *Factótum*, No. 11, pp. 52 - 66.
- Moya López, Laura y Olvera Serrano, Margarita (2003) "Carl Menger y Max Weber: encuentros y desencuentros en torno a la teoría y los tipos ideales", *Sociológica*, Vol. 18, No. 53, pp. 15 - 68.
- Nun, José (1987) "Elementos para una teoría de la democracia: Gramsci y el sentido común", *Revista Mexicana de Sociología*, Vol. 49, No. 2, pp. 21 - 54.
- Palti, Elías (2005) "De la historia de 'ideas' a la historia de los 'lenguajes políticos'. Las escuelas recientes de análisis conceptual. El panorama latinoamericano" en *Anales*, Nos. 7 - 8, pp. 63 - 82.
- Polanyi, Karl (1997) *La gran transformación: crítica del liberalismo económico*, Madrid, Ediciones de la Piqueta.
- Ricoeur, Paul (1985) *Hermenéutica y acción*, Editorial Docencia, Buenos Aires.
- Rorty, Richard (1992) *The linguistic turn: essays in philosophical method*, Chicago, University of Chicago Press.
- Rosanvallon, Pierre (2002) "Para una historia conceptual de lo político", *Prismas, Revista de Historia Intelectual*, No. 6, pp. 123 - 133.
- Samuelson, Paul (1962) "Economists and the history of ideas", *The American Economic Review*, Vol. 52, No. 1, pp. 1 - 18.
- Skinner, Quentin (1969) "Meaning and understanding in the history of ideas", *History and Theory*, Vol. 8, No. 1, pp. 3 - 53.
- Skinner, Quentin (1966) "The ideological context of Hobbes' political thought", *The Historical Journal*, Vol. 9, No. 3, pp. 286 - 317.
- Tozzi, Verónica (2009) *La historia según la nueva filosofía de la historia*. Buenos Aires: Prometeo Libros y Edutref.
- White, Hayden (2005) "Construcción histórica" en M. Cruz y D. Brauer, *La comprensión del pasado*, Barcelona, Herder.

White, Hayden (2003) *El texto histórico como artefacto literario*, Barcelona, Paidós.

White, Hayden (1973) "Foucault decoded: notes from underground", *History and Theory*, Vol. 12, No. 1, pp. 23 - 54.

White, Hayden (1973) "Interpretation in history", *New Literary History*, Vol. 4, No. 2, pp. 281 - 314.

White, Hayden (1969) "The tasks of intellectual history", *The Monist*, Vol. 53, No. 4, pp. 606 - 630.